NIXON Y EL PODER JUDICIAL

El juez Fortas, que estuvo designado por el Presidente Johnson para presidir el Tribunal Supremo de los Estados Unidos, ha tenido ahora que disimularse en un escándalo de corrupción económica (un cheque de 20.000 dólares aceptado por él de manos de una persona dudosa en pago de unos servicios dudosos). Es un escándalo más, y muy grave, en el ya deslucido edificio de la libertad y la credibilidad de los ciudadanos norteamericanos en sus propias instituciones. El Tribunal Supremo es una parte viva de la democracia que perpetúa sus poderes en tres, el ejecutivo, el legislativo y el judicial. Hay traumas que han intervenido en el juzgado —representado por el Supremo— de gran tallo, pero no ha estado prototipo de que Estados Unidos fuera una «república de jueces». Los «nuevos sabios» que forman el Supremo, los «jueces de jueces», representan algo así como una mitología de la democracia en los Estados Unidos. Charles Warren, en 1928, escribió en su importante «Historia del Tribunal Supremo de los Estados Unidos», que el pueblo norteamericano «llega ineludiblemente a la conclusión de que el juez final acerca de sus derechos constitucionales está más seguro en manos de la jefatura que en las de la legislatura, y si uno de los dos cuerpos ha de poner una amenaza al contrario deberá condenarse más bien en el Tribunal que en el Congreso, y en jueces independientes antes que en jueces dependientes de su elección por el pueblo en pasadas campañas de partido y en sus relaciones políticas de partido». Acudiendo a esta mitología, cuando Johnson necesitó despejar las intrigas que pesaban sobre el asesinato de Kennedy nombró una comisión que estaba presidida por Johnson, lo que hizo el Supremo, al juez Earl Warren, y consiguió algo inverso a sus propósitos: corrigió que se sospechaba que por primera vez en su vida no había dicho la verdad el Presidente de los Estados Unidos, ese íntegro, honesto y leal Earl Warren. La idea de nombrar tal comisión provocó de este sospechoso de hoy, de Abe Fortas. Fortas intervino notoriamente en política como consejero, como ministro de Johnson. Se dice que él quien, con nombre supuesto, condujo negociaciones con el Presidente Johnson, de Santo Domingo, en el momento del desembarco de los «marines», y que redactó algunos de los discursos de Johnson, especialmente el que siguió a los disturbios racistas de Detroit. Johnson, anunciando su dimisión, re quiso marcharse de la Casa Blanca sin dejar a Fortas instalado en la Presidencia del Supremo, pero su decisión fue revocada. Sobre todos estos elementos políticos se posó ahora pensar que en realidad Fortas ha sido víctima de una marcha política, una marcha política —sobre todo, su pensamiento liberal y su lucha por las libertades individuales que le llevaron valerosamente a enfrentarse con Joe McCarthy le atrajeron el odio de los conservadores—, magnifica instaurando y elaborando las piezas del escándalo y también la interpretación contraria, la de que Abe Fortas —nombre de gran fortuna personal— ha estado protegido hasta ahora por Johnson y ha caído cuando el nuevo Presidente de los Estados Unidos le ha retirado su mano. Poco importa en qué lado de la situación se sienta el observador. Lo que importa es el tinte de inseguridad y de malicia que puede entorpecer ahora al Supremo. La sucesiva debilidad de Earl Warren en con sucesos al asesinato de Kennedy se acogió con indigresia en la idea de que podía estar inspirada en aras de un interés nacional superior —lo cual siempre será dudoso—. El escan-
El General se ha ido a Irlanda para no verlo. No estaba escrito que Perón se necesperaria a Ulloa, y ahora la noticia de los pretendientes. No estaba escrito que Blancafrancia fuese a elegir entre los enemigos después de despedir a Fracisco. Lo hemos candidatos al Elicio, cuyos nombres aparecen por beroceo en el deliberado en el Boletín Oficial, hachuelas de sus más. Un trenista arrastra volo a un coche, que a su vez se los quita a un socialista clásico, con- testado por un novecabía al mismo tiempo. Y el socialista disfrazo se los quita a un centrista que, a su vez, se los arrebatan a un derechista. Mientras una independientista trata de quitarles a todos y esto se quitan a él De todas estas aventuras, la más fascinante es la de Pompíndo, el diputado que denunció el acto en el banquero electoral de junio del año pasado y luego la mejilla de su muestrario. Que había hecho hombres y políticos, con la intención de arrebatarle la muerte. Desde entonces ha da- vido no pudientes, pero si afligidos, en el mismo cuerpo dominante, ha expuesto todos los casos de política, desde las medidas de las pacientes siendo declaradas hasta la modesta proclama de su candidatura. Ha procurado no renegar en público para renegar en privado. Ha visto y ha pedido y gritado que se votara. Si en el fondo de tu alma —a quien sabe si en el secreto obligato- rio de su papelera— podía el título del «no» que podría caer el poder. En ese momento no se lo puede decir con asunción, probablemente no existe. Y los bien a las buenas y en el bosque de mayo le decía algo que no tenía que decir. El «pomipindo, sin ser presi- dente». Quien se acostó bien por que en su camino ha aparecido al fruto de otra aventura singular, el llamado Alba Pozo, este practicante de lo que Derrida ha llamado en Le Mon- do «la subversión del modelo», que ofrece a los franceses —a los letras— a la tentación del foro, que es tanto como decir de neutralidad, con el peso de un cielo inquieto, con el peso de un cielo inquieto, con el peso de un cielo inquieto.